

RORY CARROLL

HABRÁ FUEGO

A black and white photograph of Margaret Thatcher, the former Prime Minister of the United Kingdom. She is shown from the chest up, wearing a dark jacket over a patterned scarf and a pearl necklace. She has a serious expression and is looking slightly to the right. The background is dark and out of focus, showing other people in suits.

Margaret Thatcher, el IRA y dos minutos
que cambiaron la historia

Ariel

Rory Carroll

Habrá fuego

Margaret Thatcher, el IRA y dos minutos
que cambiaron la historia

Traducción de Beatriz Ruiz Jara

Ariel

Título original: *There Will Be Fire. Margaret Thatcher, the IRA and Two Minutes That Changed History*

Primera edición: septiembre de 2024

© Rory Carroll, 2023

© Beatriz Ruiz Jara, por la traducción, 2024

Derechos exclusivos de edición en español:

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-344-3793-7

Depósito legal: B. 12.120-2024

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Índice

<i>Un apunte para los lectores.</i>	11
<i>Prólogo: Seres invisibles</i>	17

PRIMERA PARTE LA GÉNESIS DE UNA CONSPIRACIÓN

1. Mountbatten.	31
2. Los cielos amistosos del sur de Armagh	50
3. El Temerario	73
4. Hambre.	97
5. El Departamento de Inglaterra.	119

SEGUNDA PARTE CUENTA ATRÁS

6. El Allanador de Bombas y Mr. T.	135
7. Amigos	154
8. Congratulación	172
9. Blackpool	186
10. Salcey Forest.	200
11. La cuerda floja	217
12. La habitación 629.	233

13. Mecanismo de relojería	250
14. Una luz blanca	273

TERCERA PARTE PERSECUCIÓN

15. Humedecer gusanos	305
16. Eminencia hipotenar	332
17. Dublín	352
18. Londres	370
19. Glasgow	389
20. Reparaciones	411

<i>Epílogo</i>	433
<i>Agradecimientos</i>	441
<i>Un apunte sobre las fuentes</i>	445
<i>Notas</i>	449
<i>Bibliografía</i>	487

Mountbatten

Louis Mountbatten se levantó de la cama a la hora de siempre, justo antes de las 8.00, y contempló el impresionante paisaje que veía desde la ventana de su dormitorio (Knatchbull, 2010). Sobre el Atlántico se extendía un cielo azul. Después de semanas de lluvia y mares brumosos, el anciano por fin tenía el tiempo propicio para navegar en el tramo final de sus vacaciones en Irlanda. Mountbatten realizó sus ejercicios calisténicos, un entrenamiento de la Fuerza Aérea Canadiense, y se reunió con su familia para desayunar en el comedor del castillo de Classiebawn. Envío de vuelta a la cocina el huevo pochado —la yema estaba líquida—, pero eso no le agrió el humor. Iba a ser una mañana espléndida para pescar langostas con nasa.

Era lunes, 27 de agosto de 1979, y Louis Francis Albert Victor Nicholas Mountbatten disfrutaba de su jubilación. Se encontraba en la periferia de Europa, lejos de los grandes acontecimientos, ajeno a las decisiones monumentales de antaño y perfectamente satisfecho.

Nacido en 1900, había llevado una vida singular que atravesaba la historia del siglo xx. Su bisabuela y madrina era la reina Victoria, y su padrino, el zar Nicolás II de Rusia. Había sido oficial de la Marina y favorito de Winston Churchill, servido como comandante en jefe de las fuerzas aliadas en el sureste asiático durante la guerra y, más tarde, se había convertido en lord Mountbatten de Birmania y último virrey de la India.

Dickie, como se lo conocía entre sus amistades, era primo de la reina Isabel y mentor del marido de esta, el príncipe Felipe, y del hijo de ambos, el príncipe Carlos. Apuesto, pretencioso, bromista, sumamente vanidoso, Mountbatten había hecho las delicias de los palacios y cancillerías de Europa con su porte de estrella de cine y escandalosos cotilleos (Lownie, 2019).

En aquella mañana de agosto, con sus años de gloria ya muy atrás y la postura erguida que había tenido en su día algo decaída, seguía mangoneando a los únicos que todavía se dejaban: su familia (Knatchbull, 2010). A los nietos no les importaba porque eran pequeños y el abuelo era una fuente inagotable de historias, canciones y juegos. «Ni-colo, Ni-colo, no seas tan ridí-colo», solía decirle a uno de ellos (Knatchbull, 2010). Luego, dirigiéndose al gemelo idéntico de Nicholas, Timothy: «Timothy Tito, no nos hinqes el colmillito», seguido de una zancada y un rechinar de dientes (Knatchbull, 2010).

Los nietos habían aprendido que, si una copa de vino tintineaba, debían detener la reverberación porque, si dejaban que se apagara sola, en alguna parte moría un soldado. Mountbatten también les había enseñado la oración del conductor de autobús, una parodia del padrenuestro que llevaba al conductor a recorrer Londres:

*Our Farnham, who art in Hendon,
Harrow be thy name.
Thy Kingston come; thy Wimbledon,
In Erith as it is in Hendon.
Give us this day our daily Brent
And forgive us our Westminster,
As we forgive those who Westminster against us.**

* Es este un juego de palabras intraducible en el que se sustituyen palabras clave del padrenuestro por barrios de Londres: «Farnham nuestro, que estás en Hendon, / Harrow sea tu nombre. / Venga a nosotros tu Kingston; / hágase tu Wimbledon en Erith como en Hendon. / Danos

Mountbatten llevaba treinta veranos yendo a Classiebawn, que daba a Mullaghmore, una localidad situada en Sligo, en la costa noroccidental de Irlanda. Se trataba de un palacete victoriano coronado por una torrecilla, no de un verdadero castillo, aunque parecía de cuento. Una colina de cumbre llana, Benbulbin, abrigaba un paisaje de campos, bosques y playas. El lecho marino estaba salpicado de barcos naufragados de la malograda Armada española que habían intentado invadir Inglaterra en 1588. «Ningún lugar me ha causado más emoción y no veo el momento de trasladarme allí», había dicho exultante tras su primera visita a Classiebawn (Knatchbull, 2010).

Cuando no estaba montando a caballo, escribiendo cartas o jugando a juegos de mesa, el viejo almirante mataba el tiempo recorriendo la bahía con su amado Shadow V, un barco de pesca de ocho metros de eslora. Llevaba semanas haciendo un tiempo espantoso, el peor del que tuviera recuerdo, y el barco languidecía ocioso en el puerto de Mullaghmore (Knatchbull, 2010). Pero el sol había resucitado por fin. Solo unos días antes de que la familia regresara a Londres, Mountbatten hizo planes para aprovecharlo.

Para cuando los miembros de la expedición se reunieron en el patio, eran las 11.15. Mountbatten hizo crujir la grava al acercarse a informar de la salida a dos escoltas de la policía irlandesa —el detective Kevin Henry, armado con un revólver reglamentario, y un compañero de uniforme, Kevin Mullins, estacionados en su lugar habitual—. La familia se apiñó en un Ford Granada blanco para hacer el breve trayecto hasta el puerto, seguida por los agentes. Parecía que todas las emisoras de radio estuvieran poniendo la misma canción: *I Don't Like Mondays*, de los Boomtown Rats (Knatchbull, 2010).

El Shadow V —casco verde, motor diésel gruñón, cabina pequeña de olor acre— oscilaba junto al espigón de piedra. Mountbatten requirió ayuda para bajar por la resbaladiza

hoy nuestro Brent de cada día; / perdona nuestros Westminster / así como nosotros perdonamos los Westminster de los demás».



Lord Louis Mountbatten, en el extremo izquierdo, con su familia y amigos en el Shadow V frente a las costas de Mullaghmore en agosto de 1966. (Malcolm Aird / Robert Estall)

escalera, al igual que su suegra, de ochenta y tres años, lady Doreen Brabourne (Knatchbull, 2010). Los demás miembros de la tripulación eran su hija Patricia; el marido de esta, John Knatchbull; los gemelos de catorce años de ambos, Nicholas y Timothy, y Paul Maxwell, un barquero de quince años procedente de Enniskillen, en Irlanda del Norte. Lady Brabourne se sentó en la popa con Patricia, mientras que los hombres ocuparon sus puestos en la proa y la cabina. Mountbatten se hizo cargo del timón y guio el Shadow V por entre otros barcos amarrados.

«¡A popa!», gritó Mountbatten, dando gas y haciendo borbotear el agua a sus espaldas. El barco viró. «¡Adelante!», exclamó, y puso rumbo a mar abierto (Knatchbull, 2010).

«¡Hoy sí que te lo estás pasando bien, eh!», le dijo sonriente Knatchbull a su suegro. Mountbatten no respondió. El Shadow V resopló en dirección a unas nasas para langostas situadas a unos noventa metros de la costa, creando espuma en un calmo mar verdoso.

Maxwell preguntó la hora y Timothy consultó el reloj: «Las once y treinta y nueve y cuarenta segundos» (Knatchbull, 2010). Timothy trepó al techo de la cabina para tener vigilados los sedales, que podían enredarse en la hélice, sabedor de que la vista del abuelo había dejado de ser lo que era. «¡Boya doce metros al frente y ligeramente a babor!», gritó.

Mountbatten, callado, parecía absorto en sus cavilaciones. Quizá estuviera recordando la guerra: el hundimiento de su destructor naval frente a las costas de Creta, la derrota de los japoneses en Singapur. O tal vez se preguntara si la nueva primera ministra británica se llevaría bien con la reina. O puede que estuviese pensando en la langosta de la cena.

«¿No hace un día precioso?», dijo lady Brabourne.

Desde la cima de una colina, los escoltas de la policía vigilaban. No eran los únicos que estaban observando.

La tormentosa relación de Irlanda con la Corona inglesa estaba escrita en ese paisaje de Sligo que a Mountbatten tanto lo entusiasmaba. Una historia de sangre y tierra que había quedado grabada en lápidas musgosas y edificios derruidos.

Cuenta el mito irlandés que, en las cuevas de piedra caliza al sur de Classiebawn, el cazador Finn McCool encontró una vez un portal hacia otro mundo. Los aguerridos líderes gaélicos que dominaban Irlanda en aquellos tiempos debieron de desear que lo hubiera cerrado antes de que los mercenarios anglonormandos arribaran en barco a sus costas en 1169 en una misión de conquista que contaba con el beneplácito del rey Enrique II de Inglaterra y que daría paso a siglos de salvaje sometimiento.

Al fin y al cabo, no era casualidad que ese archipiélago situado al noroeste de Europa fuera conocido como «islas británicas». Irlanda se encontraba en el extremo occidental y era la vecina más pequeña y remota de un poderoso reino

que englobaba Inglaterra, Gales y Escocia. Incluso en los mapas, parecía como si Gran Bretaña acechara a Irlanda.

Aun así, los mercenarios nunca llegaron a dominar por completo a los nativos de Irlanda, los gaélicos. Ambos bandos se mezclaron por medio de matrimonios y se fueron confundiendo unos con otros, complicando la conquista por parte de Inglaterra de esa conflictiva isla, la primera colonia de lo que más adelante llegaría a ser un imperio global. La apuesta se redobló tras la Reforma, cuando en el siglo xvi Inglaterra se desembarazó de la autoridad religiosa del papa. Bajo el mandato de Enrique VIII, Inglaterra se hizo protestante, mientras que los irlandeses originarios siguieron siendo católicos. Esto otorgaba a España y a otras potencias católicas la posibilidad de entrar en Inglaterra por la puerta de atrás.

Pasado no mucho tiempo, en un intento por apaciguar a la provincia especialmente rebelde del Úlster, la Corona inglesa confiscó territorios gaélicos para entregárselos a pobladores protestantes, llamados «colonos», procedentes de Escocia e Inglaterra. Los nativos se convirtieron en parias y fueron hostigados a punta de espada hasta ser expulsados de las tierras de sus antepasados. Cuando se revolvían masacrando a los nuevos habitantes, la respuesta de los ingleses era feroz: Oliver Cromwell dirigía un ejército vengativo que aniquiló a católicos por toda Irlanda y desterró a los supervivientes a territorios pedregosos e infértiles, una campaña de limpieza étnica que se valió de la violencia y la enfermedad para masacrar a más de una quinta parte de la población. Otros fueron desterrados a ultramar para trabajar en régimen de servidumbre. Algunos historiadores calificarían más tarde toda aquella empresa de «genocidio».

Los irlandeses, una clase marginada en su propia tierra, menospreciados por su lengua y su religión, seguían rebelándose periódicamente. De cuando en cuando, los radicales protestantes se sumaban a aquellas iniciativas condenadas al fracaso, pero se trataba en su mayoría de una cuestión

católica. Y todos acababan en la horca. Entretanto, los nobles angloirlandeses que se posicionaban del lado de la Corona eran recompensados con extensas propiedades.

Cuando la cosecha de patata se malogró en la década de 1840, más de un millón de campesinos murieron de hambre y enfermedades en lo que se conoció como la «Gran Hambruna». Otro millón emigró en los llamados «barcos ataúd». Un siglo después, el historiador A. J. P. Taylor evocó en sus escritos un campo de exterminio: «Toda Irlanda era un Belsen».

El Gobierno de la reina Victoria restringió el envío de ayuda alimentaria por temor a que la caridad diera alas a la vagancia y a otros vicios en la que se consideraba una raza inferior, como si la evolución hubiera dado un giro con aquellos celtas, atrasados en comparación con los anglosajones, eminentemente superiores. Las publicaciones inglesas caricaturizaban a los irlandeses como matones, borrachos y haraganes de aspecto simiesco, una raza predispuesta a la superstición, la brutalidad y la indolencia.

«El juicio de Dios envió la calamidad para darles una lección a los irlandeses. El verdadero mal que tenemos que combatir no es el mal físico de la hambruna, sino el mal moral del carácter egoísta, perverso y turbulento del pueblo», dijo Charles Trevelyan (1848), un mandarín del Tesoro que estaba al frente de la asistencia contra la hambruna.

Algunos vieron en aquello una oportunidad. Agentes que trabajaban a las órdenes de lord Palmerston, un político británico que poseía diez mil acres en las inmediaciones de Mullaghmore, empujaron a dos mil arrendatarios indeseados a subirse a los barcos (McGowan, 2020). Llegaron a Canadá, malnutridos y medio desnudos, y muchos murieron de frío. Palmerston, ajeno a todo ello, construyó el castillo de Clasiebawn (McGowan, 2020) y borró del mapa un pueblo, Mullach Gearr, para favorecer las vistas.¹ No colocó marca alguna para señalar el cementerio.² Según la leyenda, pisar esa hierba te condenaba a un hambre voraz e insaciable. Era *féar gortach* —‘hierba hambrienta’ en irlandés—, pero hasta la

propia lengua se fue marchitando a medida que los supervivientes se marchaban de las áreas rurales y adoptaban el inglés, la lengua del vencedor.

La catástrofe traumatizó a los nativos y los dejó resentidos. Pequeños grupos clandestinos, como los fenianos y la Hermandad Republicana Irlandesa (IRB, por sus siglas en inglés), juraron que pondrían fin al dominio británico y crearían una república irlandesa independiente. Entre las décadas de 1860 y 1890, colocaron bombas y llevaron a cabo asesinatos, sin apenas resultados. Para entonces, el Imperio británico se extendía por todo el orbe y no iba a doblegarse ante fanáticos y terroristas, según el parecer de las autoridades. La agitación política pacífica se reveló más eficaz. Para cuando estalló la Primera Guerra Mundial, los nacionalistas irlandeses moderados que participaban en el juego parlamentario habían logrado sacarle a Londres una promesa de autogobierno una vez acabada la guerra.

Para los revolucionarios, en cambio, aquello era muy poco y llegaba demasiado tarde. En abril de 1916, provocaron una insurrección en Dublín, la capital de Irlanda, y proclamaron la república irlandesa. El Alzamiento de Pascua fue un caos militar que gozó de escaso apoyo popular. Los soldados británicos lo reprimieron en cuestión de una semana, dejando el centro de Dublín en ruinas. Pero entonces las autoridades cometieron un error fatal: aprobaron la ley marcial y ejecutaron a los líderes rebeldes, dieciséis en total. Estos se ganaron la consideración de mártires y el sentir popular se radicalizó. William Butler Yeats, que se crio cerca de Classiebawn, inmortalizó la transformación en su poema *Easter, 1916*:

*All changed, changed utterly:
A terrible beauty is born.**

* Pascua de 1916: «Mas todo cambió, cambió por completo: / una terrible belleza ha nacido». W. B. Yeats, *Poesía reunida*, editado por Pre-Textos en 2010, con traducción de Antonio Rivero Taravillo.

El autogobierno ya no bastaba. Los irlandeses querían una revolución. Confiaron en el Sinn Féin, un partido político cuyo nombre significaba ‘nosotros mismos’. Fuera de las áreas protestantes del norte, arrasó en las elecciones de diciembre de 1918. En lugar de ocupar sus escaños en el Parlamento británico, en Westminster, el partido proclamó uno irlandés, el Dáil Éireann, en Dublín. Unas semanas más tarde, un movimiento guerrillero empezó a tender emboscadas a la policía y a los soldados por toda Irlanda. Su nombre era Ejército Republicano Irlandés (IRA, por sus siglas en inglés).

Las distintas unidades del IRA entrenaban y ocultaban armas en los alrededores del castillo de Classiebawn, que entonces tenía en propiedad Wilfrid Ashley, un aristócrata británico miembro del Parlamento por el Partido Conservador.³ Al intuir un cambio de tendencia, su familia, incluyendo a su hija Edwina, la futura esposa de Mountbatten, dejó de visitar la residencia estival. Para 1920, las emboscadas se habían transformado en una guerra por la independencia. Bajo el mando de Michael Collins, un carismático líder conocido como «Grandullón», el IRA quemó comisarías de policía. Los rebeldes también destrozaron las grandes mansiones de la aristocracia. Classiebawn fue minada con explosivos, pero el IRA local tomó la decisión de mantenerla intacta para dar cobijo a guerrilleros y confinar a rehenes.⁴

Winston Churchill, a la sazón secretario de Estado británico para la guerra, trató de recuperar el control con una fuerza auxiliar apodada «Black and Tans» por los colores negro y pardo de los uniformes que vestían*. Su reputación respondía a las atrocidades que había cometido. Como respuesta, el IRA fue aumentando su propia brutalidad. Desde 1919

* Término empleado para referirse a la Fuerza de Reserva de la Real policía irlandesa, una fuerza paramilitar empleada por la Real Policía Irlandesa para neutralizar y suprimir la revolución en Irlanda por parte del Ejército Republicano Irlandés.

hasta 1921, más de dos mil personas murieron en los enfrentamientos. Al no estar capacitada ninguna de las dos partes para dar el golpe definitivo, negociaron una tregua. Collins lideró una delegación que acudió a Londres a firmar un tratado para la creación del Estado Libre Irlandés, un territorio autónomo del Imperio británico con un estatus similar al de Canadá. Las fuerzas británicas se retiraron de 26 de los 32 condados de Irlanda. Los otros seis condados nororientales formaron una nueva entidad, Irlanda del Norte, que podía optar por quedarse fuera del Estado Libre Irlandés.

Fue un logro extraordinario. Unos rebeldes desharrapados se habían enfrentado al imperio más poderoso del mundo y habían obtenido una independencia *de facto*. La tricolor irlandesa —verde, blanca y naranja— ondearía en Dublín. Pero algunos rechazaron el tratado: obligaba a los líderes irlandeses a prestar juramento a la Corona y se arriesgaban a la partición de la isla. ¿Dónde estaba la república? El IRA se dividió en facciones a favor del tratado y en contra, dando pie a una amarga guerra civil. El 22 de agosto de 1922, un convoy en el que viajaba Collins fue víctima de una emboscada en un cruce de carreteras rurales conocido como «Béal na Bláth» ('Boca de las Flores'). El Grandullón cayó a la calzada, muerto por un disparo de un purista republicano (Ferriter, 2021). Unas semanas después, sus partidarios ejecutaron a seis miembros del IRA contrarios al tratado y abandonaron sus cuerpos en las laderas del Benbulbin. La facción favorable al tratado acabó por imponerse, formó un Gobierno electo y, posteriormente, declaró una república.

Sin embargo, Irlanda del Norte continuó siendo parte del Reino Unido. La función siguió a la forma: los británicos trazaron la frontera de tal modo que los protestantes, que eran minoría en la isla, superaran en número a los católicos en los seis condados. Los protestantes se consideraban británicos, súbditos leales a la Corona, y se negaban a ser absorbidos por una Irlanda independiente dominada por los católicos. Desde ese momento, el Reino Unido estaba formado

por Gran Bretaña —la isla que comprendía Inglaterra, Escocia y Gales— e Irlanda del Norte. Los descendientes de los colonos del siglo xvii se consolaron con los puestos fronterizos que se fueron multiplicando exponencialmente a lo largo de los casi 500 kilómetros de línea divisoria que los separaba de los rebeldes, traidores y papistas* del sur. Su capital provincial, Belfast, era un hervidero de industria, construcción naval y fábricas textiles, y allí ondeaba la Union Jack.

Sin embargo, la minoría católica se sentía excluida y alienada. Muchos vivían en zonas deprimidas, tenían dificultades para encontrar trabajo y carecían de derecho al voto. La policía se mostraba hostil. Los motines sectarios alimentaron los prejuicios. Muchos católicos emigraron, pues una Irlanda empobrecida ofrecía pocas oportunidades, de modo que pusieron rumbo a Inglaterra o a América. De todos modos, la mayoría de ellos se quedaron, pues no disponían de los recursos económicos ni del carácter necesarios para el exilio, para las desgarradoras despedidas y las frías incertidumbres. Irlanda del Norte, con todas sus imperfecciones, era su hogar. Así pues, se quedaron, con la callada ilusión de que las cosas mejorasen. Pero la discriminación perduró.

El Gobierno británico de Londres dio la espalda a las injusticias. Quería olvidarse de Irlanda y de sus complicadas disputas. Irlanda del Norte era una parte del Reino Unido, pero estaba lejos. Los sucesivos Gobiernos de Dublín emitían declaraciones piadosas sobre la unificación de Irlanda, pero no hicieron nada al respecto. Estaban cansados de la revolución y se centraron en transformar su empobrecida tierra en un Estado-nación.

Los únicos que sintieron la urgencia de poner fin a la partición fueron los republicanos de cierta edad —que habían resultado derrotados en la guerra civil— y algunos jóvenes, embelesados por los cánticos rebeldes. En los años cuarenta

* Término con el que algunos protestantes se refieren a los católicos.

y cincuenta, ese grupo variopinto de soñadores y pistoleros hicieron un intento por resucitar el IRA y perpetraron ataques esporádicos. A falta de apoyo público en ambos lados de la frontera, las campañas fueron perdiendo ímpetu. La historia parecía estar engullendo al IRA.

Entonces llegó 1969. Inspirados en el movimiento por los derechos civiles de Estados Unidos, los católicos de Irlanda del Norte iniciaron una marcha para poner fin a la discriminación. La policía los aporreó hasta dejarlos hechos polvo. Las marchas se transformaron en revueltas y las turbas católica y protestante colisionaron. Las calles estaban en llamas, los refugiados católicos huían al otro lado de la frontera y el Gobierno británico desplegó al Ejército para restaurar el orden. Al principio, los católicos recibieron a los escuadrones ingleses como protectores, pero la bienvenida se evaporó en una bruma de gases lacrimógenos y torpes acciones militares y el Ejército acabó adoptando la forma de otra capa más de represión. Los jóvenes suplicaron a los veteranos entrecanos del IRA: «Dadnos pistolas».

Habían nacido los Troubles.

El reavivamiento de la antigua disputa entre irlandeses y británicos no privó a Mountbatten de su paraíso atlántico. «Aquí reinan una paz y una cordialidad absolutas, y cuesta creer que exista todo este horror justo al otro lado de la frontera», escribió al gobernador de Irlanda del Norte en 1971 (Knatchbull, 2010). Mountbatten llegaba cada mes de agosto junto con sus hijos y nietos. El castillo estaba en la República de Irlanda, mientras que el resucitado IRA —al menos en teoría— limitaba su campaña armada a los «seis condados ocupados». Pero Classiebawn se hallaba a solo 32 kilómetros de la frontera y la policía irlandesa —An Garda Síochána— no tentaba a la suerte. Los aristocráticos visitantes iban acompañados de guardaespaldas, un equipo de entre doce y veinticuatro agentes uniformados y de paisano que trabajaban

por turnos: había entre dos y cuatro de servicio en todo momento (Knatchbull, 2010).

En 1976, las líneas del frente se desplazaron. El IRA amplió su campaña al otro lado de la frontera con la detonación de una enorme mina terrestre colocada en los bajos del coche del embajador británico, Christopher Ewart-Biggs, en Dublín. Aquel asesinato causó conmoción. En un informe clasificado de la inteligencia militar, de título *Future Terrorist Trends* [Tendencias terroristas por llegar], un brigadier llamado James Glover advertía: «Los terroristas veteranos, incluyendo, por ejemplo, a los principales fabricantes de bombas, son lo bastante astutos como para eludir el arresto. Aprenden continuamente de los errores y desarrollan sus propias habilidades».⁵ Se trataba de una valoración sombría y no solo precisa, sino profética.

Llegado el año 1979, los escoltas irlandeses de Mountbatten parecían relajados. El recuento de bajas en Irlanda del Norte había descendido. Y su viejo almirante llevaba tiempo retirado, un miembro de la realeza sofisticado, pero cubierto de telarañas, muy alejado de las políticas del Gobierno británico para Irlanda del Norte o para cualquier otro lugar. Con todo, antes de cada visita, Mountbatten consultaba a las autoridades británicas e irlandesas en materia de seguridad. Al fin y al cabo, su familia tenía tendencia a toparse con la muerte violenta. Un revolucionario ruso había lanzado una bomba al interior del carruaje de uno de sus primos Románov, el gran duque Serguéi Alexándrovich, esparciendo sus miembros sobre la nieve moscovita, la esposa del duque fue arrojada a un pozo y los hijos del zar —compañeros de juegos de Mountbatten— fueron tiroteados. Posteriormente, el *Chicago Tribune* repararía en que «ni una sola familia de la historia de que se tengan registros, ni siquiera los Borgia ni las familias de la Cosa Nostra de Sicilia, Chicago o Nueva York, ha sido más susceptible a la muerte violenta entre sus miembros que la familia de la reina Victoria y sus descendientes».⁶

Aun así, Dickie había sobrevivido a la Luftwaffe y al Ejército Imperial Japonés y en Sligo se sentía a salvo. Le resulta-

ba comprensible la idea de la unidad de Irlanda y se había ofrecido para mediar entre los republicanos y el Gobierno británico. «Los irlandeses son mis amigos», aseguró en una ocasión a un agente de la policía británica (Lownie, 2021). «No todos ellos, milord», fue la respuesta que recibió.

Una tormenta azotaba Londres el 3 de agosto cuando los Mountbatten metieron las maletas en el coche familiar para su peregrinaje anual al oeste, durante el cual cruzaban Inglaterra y se subían a bordo del ferri a Dublín, donde se bamboleaban más tarde por carreteras llenas de baches hasta el extremo más alejado de Irlanda (Knatchbull, 2010).

Sin que ellos estuvieran al corriente, un periodista americano de nombre Bill Granger acababa de publicar su primera novela, *The November Man*, sobre un complot del IRA para hacer volar por los aires a un lord ficticio, un primo de la reina, a bordo de su barco. Un editor británico pretendió cambiar los detalles porque le recordaba demasiado a Mountbatten. La coincidencia en el tiempo fue una casualidad, pero no por ello deja de ser escalofriante.

Las semanas de viento y lluvia terminaron abruptamente el sábado 26 de agosto, dando paso a una puesta de sol gloriosa. Durante la cena, Mountbatten habló de los planes para su funeral, uno de sus temas favoritos. Para garantizar la adecuada magnificencia, había escrito un borrador de ocho páginas, con un apéndice de cuatro, en el que se detallaba el número de guardas de honor, estandartes reales, invitados especiales y el resto de la pompa (Lownie, 2019). Lo actualizaba regularmente. El del funeral, decía Mountbatten, iba a ser un día muy feliz. Mientras hablaba de ello, sonreía. El pronóstico del tiempo para el día siguiente era excelente: la pesca de la langosta lo estaba esperando.

Aquella noche, el alumbrado recién instalado del puerto de Mullaghmore se apagó de forma inexplicable, dejando a oscuras el muelle y los barcos (Knatchbull, 2010).

A las 11.40 horas del 27 de agosto, el Shadow V avanzaba ya lento y renqueante cerca de las nasas. Mountbatten, al timón; lady Brabourne, sentada a su lado con las piernas estiradas. Todos empapándose de la calidez del sol. El mar parecía un cristal. Era un día precioso.

La explosión elevó el barco por encima del agua. Un rugido ensordecedor rasgó el aire y reverberó por toda la bahía.

En Classiebawn, Philip Knatchbull —un nieto de Mountbatten que se había saltado la excursión— dejó el libro que estaba leyendo, *La pequeña Dorrit*, de Charles Dickens, y fue a buscar al mayordomo: «¿Acaba de dar un portazo?» (Knatchbull, 2010).

Un turista alemán que estaba en la playa, a varios kilómetros, oyó el estallido y le gastó una broma a su hija de seis años: «Han volado a Mounty» (Knatchbull, 2010).

El detective Henry, que observaba desde su coche patrulla, se sobresaltó (Gray, 2009). «El ruido fue tremendo, aterrador —recordaba—. Se hizo una nube de humo enorme, como una seta, y había destellos multicolores. Esta nube se alzó muy alto por encima de mí y, entonces, empezó a desaparecer. Había escombros en el cielo y en el mar y me golpeó una intensa ráfaga de salpicaduras de agua de mar. Se oían gritos de pánico y de dolor.»

El Shadow V se astilló y se desintegró y sus ocupantes cayeron al agua. En la orilla, un *garda* uniformado miraba a través de los prismáticos, lívido, incapaz de decir palabra. El detective Henry trató de alertar al cuartel general de la Garda desde su coche. «Patrulla de Classiebawn llamando a siete cinco dos, vengan, urgente, urgente. El barco de Mountbatten ha estallado en el agua, envíen ayuda.» De la radio surgían un siseo y chasquidos. Henry salió lanzado hacia una cabina telefónica que había en el puerto. La mujer que estaba dentro se negaba a colgar. La sacó de un tirón a mitad de frase y marcó el número de la comisaría de la Garda en Sligo.

Desde el puerto zarparon barcos en tromba hacia el naufragio, con fragmentos de madera arremolinándose en círculos concéntricos. El agua estaba pringosa por el combustible diésel. Los equipos de rescate subieron a Patricia Knatchbull, medio inconsciente, a bordo de una lancha neumática. Luego, a lady Brabourne, ensangrentada e histérica, gritando «¿Dónde estoy?». A continuación, al marido de Patricia, John, con los huesos rotos, llamando a gritos a su esposa. Desde otro barco avistaron a Timothy flotando y lo subieron a bordo. Tenía el rostro cubierto de astillas y, temblando, preguntó: «¿Qué ha pasado?». Su gemelo idéntico, Nicholas, y Paul, el barquero, estaban muertos.

Mountbatten flotaba bocabajo. Tenía las piernas destrozadas. Unos turistas lo subieron a su barco. Le colocaron una toalla debajo de la cabeza y avanzaron en dirección al puerto siguiendo a la flotilla. Los turistas y el personal del hotel Pier Head cortaron unas sábanas para hacer vendas y utilizaron puertas para fabricar camillas a medida que las víctimas eran trasladadas a tierra firme. «Estábamos totalmente impactados —recordaba un residente, Peter Murtagh—. Nos limitamos a reaccionar. Pones el piloto automático y sigues adelante.»⁷

Lady Brabourne, agonizando, no dejaba de repetir: «No os preocupéis por mí... Decidme, ¿cómo están los chicos?» (Knatchbull, 2010).

John Maxwell, que había salido disparado en dirección al puerto en cuanto oyó la explosión, acunaba el cuerpo de su hijo Paul. Gritaba: «Yo soy irlandés, malditos hijos de puta».

Richard Wallace, un cirujano que estaba de vacaciones, examinó a Mountbatten. «Está muerto», afirmó.

El anciano había quedado inconsciente y se había ahogado. Un niño pequeño, que en un principio quedó desatendido en medio de todo el tumulto, jugaba en el charco de sangre de Mountbatten.

El IRA llevaba meses planeándolo. Una unidad se centró en la bomba; otra, en el reconocimiento del terreno. Aprovechando la oscuridad, se habían subido a bordo del Shadow V para colocar una cantidad estimada de 22 kilos de gelignita bajo la cubierta. Al día siguiente, otro equipo contemplaba cómo Mountbatten y su familia subían al barco y abandonaban el puerto traqueteando. En el momento elegido, un radiotransmisor detonó la bomba.

La casualidad quiso que Thomas McMahon, un veterano montador de bombas, y Francis McGirl, un joven aprendiz, fueran apresados mientras huían de la zona dos horas antes de que estallara la bomba. Al darles el alto en un control policial rutinario, 130 kilómetros al sur de Mullaghmore, fueron incapaces de explicar por qué conducían un Ford Escort rojo que no era suyo. Todavía los estaban interrogando cuando saltó la noticia de la explosión. Ambos tenían arena de Mullaghmore y restos de nitroglicerina en la ropa. McMahon tenía, además, escamas de la pintura del Shadow V en los zapatos y los calcetines. Fue sentenciado a cadena perpetua. McGirl, por el contrario, fue absuelto. No hubo más detenciones.

La operación, según la terminología del IRA, fue un «espectáculo» —palabra que utilizaba la organización para referirse a un atentado que copaba los titulares— y venía a ser un recordatorio para un mundo paralizado por la Revolución islámica de Irán de que los Troubles no habían cesado. Mountbatten, en palabras de un partidario del IRA, era «un blanco precioso».⁸ Lástima, se queda uno pensando, por los demás que iban en el barco.

En Mullaghmore la gente lloraba, pero en la cercana ciudad de Bundoran un hombre con una botella bailaba una giga por la calle, diciendo: «El cabrón del viejo está muerto». Dos barqueros, Michael Gilbride y Martin Shelbourne, lo miraban en silencio. Habían participado en el rescate del cuerpo de Nicholas.

«Venga, vamos a darnos un baño», dijo Gilbride.

«¿Para qué narices quiero yo darme un baño?», dijo Shelbourne.

«Para lavarte la muerte del cuerpo» (Knatchbull, 2010).
Y se lanzaron a nadar entre el oleaje.

Sin embargo, había más muerte por llegar, porque el IRA no había dado por terminado el 27 de agosto de 1979. Tenía preparada otra sorpresa 185 kilómetros al este, en el otro extremo de la isla. A las 16.40, un convoy del Ejército británico —un Land Rover y dos camiones de cuatro toneladas llenos de paracaidistas— estaba realizando una operación rutinaria por Narrow Water, un enclave rural de Irlanda del Norte. Era festivo en todo el Reino Unido y los turistas se relajaban en la costa. No todo el mundo se había enterado de las impactantes noticias que llegaban de Mullaghmore.

Los vehículos bordearon Carlingford Lough, por donde pasaba la frontera, y se aproximaban a un castillo isabelino. Había un remolque cargado con balas de paja de cebada aparcado junto a la carretera. Dos jóvenes del IRA, Brendan Burns y Joe Brennan, vigilaban desde un punto estratégico cercano a unas vías de tren abandonadas, justo del lado irlandés de la frontera. A su alrededor había colillas de cigarrillos sobre los helechos. En la línea de visión entre su posición y el remolque de paja se alzaba una torre circular que en la época victoriana se usaba para la navegación fluvial (Harnden, 1999). El IRA la había escogido como indicador. Cuando el último camión pasó junto a la torre, Burns pulsó un botón. Utilizó el dispositivo de control remoto de la maquina de un avión para enviar una señal a una bomba, cargada con 317 kilos de fertilizante, que estaba instalada en el remolque junto a unos bidones de gasolina.

Una bola de llamas erupcionó, abrasando al instante a siete paracaidistas.

Lo único que recuerdo es un resplandor y un ruido sordo —rememoraba Tom Caughey, un soldado que en aquel entonces tenía dieciocho años—. ⁹ Luego, una sensación de estar volando, de perder la visión. Me acuerdo de estar tendido en la carretera y, después, incorporarme y mirar alrededor. Había trozos de cuerpos por todos lados, alguno de ellos en llamas, pero no vi moverse a nadie.

Un equipo de rescate formado por vehículos y helicópteros del Ejército se apresuró a acudir a la escena e instaló un punto de control junto a la casa del guarda que había frente al castillo. Pero eso el IRA ya lo había previsto. A las 17.12 se activó un decodificador colocado dentro de una fiambarrera Tupperware. Detonó 450 kilos de explosivos que estaban escondidos en lecheras puestas en fila junto a un muro. Un tornado de llamas y bloques de granito engulló a los soldados.

«Hubo otro resplandor y otro ruido sordo y se repitió la misma pesadilla», dijo Caughey. ¹⁰ Sobre los árboles, aterrizaron fragmentos de carne. Una cabeza cayó en el lago, provocando salpicaduras.

«Nunca olvidaré el escalofriante silencio que siguió a aquella segunda explosión y la ausencia total de ruido de ninguna clase», dijo el capitán Tom Schwartz (Potts, 1979b). Rodeados por los cadáveres de sus camaradas —dieciocho muertos en total—, los soldados supervivientes dispararon sin orden ni concierto hacia el lado irlandés de la frontera y mataron a William Michael Hudson, un turista inglés. Unos *gardaí* dieron alcance a Burns y a Brennan cuando huían en una motocicleta. Fueron detenidos, pero salieron en libertad por falta de pruebas. Nunca nadie fue acusado de la mayor pérdida de vidas en un regimiento de paracaidistas desde la Segunda Guerra Mundial.

Las matanzas de Mullaghmore y Narrow Water fueron una despiadada demostración de la capacidad de violencia del IRA, que generó una crisis sin precedentes para la primera ministra británica. Margaret Thatcher llevaba en el cargo 115 días.

Los cielos amistosos del sur de Armagh

Margaret Thatcher se encontraba en su lugar favorito de Inglaterra y, por lo tanto, del mundo cuando le llegaron los informes que echaron por tierra su breve descanso. Chequers era la residencia oficial de descanso de los primeros ministros británicos, un lugar de retiro rural situado en Chiltern Hills, en Buckinghamshire, para líderes sepultados por el peso de su cargo. Lo suyo era que Thatcher lo detestara. Ella nunca se retiraba, nunca se cansaba y no sentía ningún peso por su cargo. Tenía cincuenta y tres años y todo en ella transmitía la sensación de un movimiento a propulsión, una energía cinética e incesante.

Se notaba en cuanto entraba en la sala. Ella no caminaba, ella trajinaba. Más que sentarse, se enroscaba, dispuesta a saltar en cualquier momento como un resorte. Cuando revisaba documentos oficiales, recorría el texto con el bolígrafo y se lanzaba sobre frases descarriadas o argumentos pobres, hiriendo la página con subrayados, exclamaciones, supresiones. Dirigir el país no le impedía cumplir con sus tareas domésticas: seguía limpiándose los zapatos, planchándose la ropa y preparando la cena. Cuando una visita derramaba el café en la alfombra, se pasaba veinte minutos frotando para quitar la mancha. Al fin y al cabo, esas cosas había que hacerlas como era debido (Seldon, 2012).

Thatcher ya había hecho historia —fue la primera mujer en liderar el Partido Conservador, la primera mujer en

ser primera ministra británica, la primera mujer a la cabeza de un Gobierno europeo—, y, sin embargo, bullía de impaciencia porque había mucho por hacer. Por su voz y su apariencia, era la personificación de lo inglés más vetusto; la dicción entrecortada y el pelo cardado parecían salidos directamente de un antiguo noticiario de la Pathé. «Tiene un agradable rostro inglés: piel sedosa, sin arrugas, como de rosas y nata», observaba una entrevistadora (Hadley, 1979). Pero desde luego su impulso no tenía nada de inglés. Rompía con el concepto propio de las élites, según el cual había que dar la imagen de que el éxito llegaba sin esfuerzo, despreocupadamente, como si fuese producto fortuito del talento, los contactos o el destino propios. Esforzarse era para las clases vulgares. En cambio, Thatcher se quedaba trabajando por las noches hasta tarde, dormía cuatro o cinco horas y se levantaba antes del amanecer para enfrentarse a un nuevo día. En lugar de dejarla sin fuerzas, ese horario le proporcionaba todavía más energía. Cuatro meses atrás había llevado a los conservadores a imponerse en las elecciones sobre un Partido Laborista en funciones y, en ese momento, era como un caballo de carreras en la puerta de salida, ansioso por echar a correr.

Chequers podría haberla inquietado. Estaba situada 75 kilómetros al norte del centro del poder en Londres —Downing Street, los ministerios de Whitehall, el Parlamento— y, de algún modo, la distanciaba de los asuntos del Gobierno. Aun así, a Thatcher la entusiasmaban las vistas a las colinas boscosas y los prados infinitos, el camino de entrada con abedules a ambos lados, la mansión de ladrillo rojo, la escalera señorial, la Hawtrey Room, desde la que en su día Winston Churchill lanzaba soflamas a la nación durante sus radio-difusiones en tiempos de guerra. Allí no dejaba de trabajar rodeada de documentos oficiales; pero en general Chequers le causaba un efecto de lo más inesperado: la relajaba.

Aquel fin de semana de puente había cenado con su hijo, Mark, que era un esforzado hombre de negocios, y con su

hermana, Muriel, en su primera visita a Chequers (Margaret Thatcher Foundation, 1979b). Tuvo, además, una cita con su sastre personal. Thatcher otorgaba una gran importancia a la imagen; tenía que estar impecable de pies a cabeza. Con Daphne Scrimgeour, esbozaba ideas para sus atuendos y hablaba de broches, perlas, bolsos y zapatos. El cabello de la primera ministra contaba con su propia rutina semanal: lavado el lunes y peinado el martes y el jueves, citas que en su diario de compromisos figuraban con el código «Carmen Rollers» (Maddox, 2003). Los asistentes masculinos estaban excluidos de tales rituales.

Sin embargo, aquel día de finales de agosto, toda trivialidad quedó relegada cuando un ayudante le remitió los informes que llegaban del otro lado del mar de Irlanda.

Mountbatten muerto, soldados masacrados. Los télex de las salas de redacción del mundo entero vibraban ya con los detalles. Margaret Thatcher tenía su primera crisis en Irlanda del Norte. Mandó a Belfast a su secretario para Irlanda del Norte, Humphrey Atkins, y se pasó la noche en un caos de llamadas telefónicas, instrucciones y preparativos para el funeral. Mountbatten tendría su pompa.

Al día siguiente, por la mañana temprano, Thatcher regresó a su residencia y despacho del número 10 de Downing Street para presidir una reunión de urgencia con el ministro del Interior, Willie Whitelaw; el ministro de Defensa, Francis Pym, e Ian Gilmour, un ministro sin cartera familiarizado con los ministerios de Defensa y Asuntos Exteriores. Más tarde, se sentó a su mesa con papel y bolígrafo y se puso a escribir: «Mi querida Sra. Rogers, no tengo palabras que puedan igualar la tristeza que sentirán sus hijos y usted por la pérdida que sufrieron ayer...» (Margaret Thatcher Foundation, 1979c). La carta a la viuda del sargento Ian Rogers proseguía a lo largo de dos páginas en la característica letra manuscrita de Thatcher. Redactó otras diecisiete cartas, cada una de ellas única, a las familias de los demás soldados muertos.